

## CAPITULO XIII.

Sé que tiene vm. kermes, vitriolo,  
 Alcohol, álcali, arsénico; y no solo  
 El bribon, á mi ver, es un artista,  
 Sino médico, físico, alquimista;  
 Y si algun dia no puede alcanzar  
 El gran secreto, cerca le ha de andar.

*El Alquimista.*

TRESILIAN y sus dos compañeros hicieron su viage con la mayor rapidez. Al tiempo de salir, habia preguntado á Wayland si se atreveria á pasar por el condado de Berks en el que habia representado un papel tan brillante. Pero le habia contestado Wayland que no tenia temor ninguno, y efectivamente habia empleado el poco tiempo que pasara en el castillo de Lidcote-Hall, en transformarse enteramente. Habia segado sus barbas espesas, y solo le quedaban dos bigotillos sobre el labio superior, empinados á imitacion de los militares; y un sastre del pueblo de Lidcote, por quanto vos contribuisteis, le habia servido tan bien siguiendo sus instrucciones, que parecia veinte años mas jóven

que los días anteriores. Con la cara y las manos tiznadas por el humo y el carbon, los cabellos desgreñados, la barba sucia y larga, cargado de espaldas, y vestido con una piel de oso, le hubieran dado cincuenta años; pero entónces con la librea de Tresilian y su sable, solo representaba la edad que tenia efectivamente, es decir, sobre treinta años. Sus modales habian cambiado igualmente, y en lugar de un salvaje rústico, se mostraba despejado, airoso, y aun impudente.

Habiendole preguntado Tresilian cual era la causa de aquella mudanza tan completa y singular, solo le contestó cantando dos versos de una comedia nueva entónces, y que daba una idea favorable del genio del autor. Podemos citar los tales versos, y son estos:

Bueno, bueno, Caliban,  
 Amo nuevo, nuevo plan.

Estos versos, de los que Tresilian no se acordaba, le trajeron á la memoria la idea de haber sido Wayland cómico en otro tiempo, idea que le hizo comprender como podia cambiar su exterior con tanta facilidad. Tan satisfecho estaba él de su disfraz, que sentia no tener que pasar cerca de su antigua habitacion.

— En este trage, decia, y al lado de vm.,

podria esponerme á presentarme delante del juez Blindas un dia de audiencia; y quisiera saber en que ha venido á parar Flibbertigibbet, que será de la piel del diablo si llega á verse libre de su abuela y de su preceptor. Tambien me alegraria ver el estrago que hizo la esplosion en los crisoles y cacharros del doctor Demetrio Doboobie. A buen seguro que mi fama vivirá en el valle de White-Horse largos años despues que me halle yo mascando tierra; mas de cuatro palurdos irán á atar sus caballos á la argolla dejando su medio duro en la piedra del centro, y silbando como un marino en tiempo de calma, llamando al herrador del diablo. Si aguardan á que vaya yo á herrar sus caballos, ya estan frescos.

Las ganas que tenia Tresilian de llegar cuanto ántes al término de su viage, le impedian detenerse mas tiempo que el necesario para dar el sustento y descanso á los caballos; y como el conde de Leicester, ó las gentes que dependian de él inmediatamente, tenian grande influjo en muchos de los sitios por donde pasaban, juzgáron á propósito ocultar sus nombres y el motivo de su viage. Lancelot Wayland (ese era su nombre) se divertia en burlarse de la curiosidad de los posaderos y mozos de cuadra, y en darles cordelejo,

y durante este viage rápido y corto hizo correr acerca de su amo tres rumores diferentes y contradictorios. Aquí era Tresilian el lord virey de Irlanda, que venia incógnito á recibir las órdenes de la reina acerca del famoso rebelde Rory Oge Mac-Carthy Mac-Mahon. Allí era un agente de *Monsiur*, enviado para solicitar la mano de Isabel; en otra parte era el duque de Medina, disfrazado, que venia á arreglar las dificultades que existian entre la reina y Felipe, rey de España.

No agradaba esto mucho á Tresilian, y se quejó varias veces á Wayland de que estas ficciones tendrian entre otros inconvenientes el de fijar en él la atencion de un modo extraordinario.

— Anunciando su porte y su carácter un hombre de importancia, decia Wayland, era indispensable dar alguna razon extraordinaria para cohonestar la celeridad de su marcha y el objeto secreto de su viage.

Al paso que se acercaban á Londres, la curiosidad que escitaban se debilitaba mucho por el gran número de estrangeros que llegan continuamente á una capital, y entraron al fin en la ciudad.

Tresilian tenia la intencion de ir en derecha á Say's-Court, junto á Depford, donde residia á la sazón lord Sussex, para hallarse

mas cerca de Greenwich, morada favorita de Isabel, y que era el sitio donde habia nacido. Era preciso sin embargo pararse un poco en Londres, y se detuvieron algo mas, porque Wayland le pidió licencia de dar un paseo en la ciudad.

— Toma pues tu sable, le dijo Tresilian, y sigueme. Yo tambien quiero pasearme, y caminarémos juntos. No dejaba de tener sus motivos para hacerlo asi. No tenia todavía bastante confianza en su nuevo criado, para perderle de vista en un momento en que las dos facciones rivales se entrechocaban en la corte de Isabel. Wayland convino en ello, á condicion de que le fuese permitido entrar en las droguerías y boticas que quisiese, para comprar las drogas que necesitaba. Tresilian no replicó, y recorriendo las calles de la ciudad, entraron sucesivamente en tres ó cuatro tiendas y boticas, en cada una de las cuales notó Tresilian que su compañero compró una sola droga. Las que pidió al principio las encontró con facilidad, pero halló mas dificultades para comprar las otras. Sorprendiase tambien Tresilian al ver que rehusaba muchas veces lo que le presentaban, diciendo que no era lo que habia pedido, ó que era de mala calidad, y que les obligaba á darle lo que llenaba sus miras, ó se iba á otra parte. Hubo

entre otras una droga que parecia imposible se llegase á encontrar en todo Londres. Aquí no la conocian, allí decian que no existia sino en las cabezas rematadas de los alquimistas, en otra parte ofrecian sustituirla dandole en su lugar otro ingrediente que decian tenia la misma virtud y mayor eficacia; y casi en todas las boticas deseaban saber que uso se proponia hacer de una sustancia tan rara. Un viejo boticario le dijo por fin con mas franqueza que los demas, que seria inútil buscar lo que pedia en todo Londres, á no ser que por casualidad diese con ella en casa de un judío llamado Yoglan.

— Ya me lo estaba yo temiendo, dijo Wayland, saliendo de aquella casa. Pido á vm. mil perdones, dijo á Tresilian, pero el mejor sastre no puede coser sin agujas. Preciso es dar con ese judío, y si este paseo nos causa algun retardo, será vm. indemnizado con el uso que haré de esta droga rara y preciosa. Si vm. me permite que vaya por delante, ahora que vamos á dejar esta calle, llegaremos ántes, mostrandole yo á vm. el camino.

Habiendo consentido en ello Tresilian, siguió á su guia, que hizo ver que conocia perfectamente aquel barrio, conduciendole sin detenerse ni vacilar por un verdadero laberinto de calles, plazas y callejuelas. Detuvose

al fin en medio de una calle estrecha, al fin de la cual se descubrían el Támesis y los mástiles de dos barcos que aguardaban la marea para hacerse á la vela. La botica en que se detuvieron no estaba cerrada como las del dia con puertas vidrieras; estaba cubierta con bastidores de lienzo grueso, dejando en medio una entrada, como sucede ahora en las tiendas de los que venden el pescado. Un viejecito, que no tenia trazas de judío porque era rubio y se habia rasado las barbas, se presentó á ellos y les preguntó que era lo que buscaban; y apénas le hubo nombrado Wayland la droga que pedia, cuando el judío se manifestó sorprendido.

— ¿Que necesidad puede vm. tener de una droga que ninguno me ha pedido todavía en cuarenta años que soy boticario en esta calle?

— No es necesario que yo responda á semejante pregunta, dijo Wayland, y únicamente deseo saber si tiene vm. la droga que le pido, y si desea vendermela.

— ¡Si tengo esa droga, Dios de Moises! sí por cierto la tengo, y en cuanto á venderla, ¿no soy acaso boticario? Al decir esto le presentó unos polvos. Son muy caros, añadió, los he pagado á peso de oro, y vienen del monte Sináï, en donde nos fué dada nues-

tra santa ley, y es una planta que florece una sola vez en cada siglo.

— Poco me importa toda esa cháchara, dijo Wayland mirando con sumo desprecio los tales polvos del judío; lo que yo sé perfectamente es que la droga que vm. me presenta se encuentra en los fosos de Alep, y que no cuesta mas que el trabajo de cogerla.

— Pues bien, dijo el judío mas sorprendido aun, no tengo otra, y aunque la tuviera mejor, no se la venderia á vm. sin la receta de un médico, ó sin saber que uso quiere vm. hacer de ella.

— Wayland le dió una cortísima respuesta en una lengua que Tresilian no pudo comprender. Creció con esto la admiracion del judío, que fijó su vista en Wayland como un hombre que reconoceria de repente en un sujeto, al parecer humilde y oscuro, un héroe ilustre ó un potentado.

— ¡Santo profeta Elías! dijo, despues de haber vuelto en sí de la sorpresa que le habia entontecido; y cambiando su estilo brusco y receloso en el mas sumiso y servil, ¿no me hará vm. el honor de entrar en mi humilde habitacion, lo que miraré como un buen agüero? ¿Quiere vm. beber un vaso de vino con el pobre judío Zacarías Yoglan? ¿Le quiere vm. de Alemania.... de Tokai.... de Burdeos?....

— Poca conversacion, dijo Wayland: deme vm. lo que le pido, y punto redondo.

El Israelita cogió el manojito de llaves, y abriendo con gran tiento un armario cerrado al parecer con mas precaucion que los demas de la botica, sacó un cajon secreto cubierto de cristal, en el que habia una porcion pequeña de polvos negros. Los ofreció á Wayland de un modo que daba á entender que nada podia rehusarle, pero que sentia en el alma ceder un grano solo de aquel tesoro; y ámbas cosas se leian claramente en su fisonomia.

— ¿Tiene vm. un peso? le preguntó Wayland.

El judío le mostró el que ordinariamente le servia en la botica, pero con cierta duda y temor que no pudiéron escaparse de la vista penetrante de Wayland.

— Necesito otro, le dijo con entereza. ¿No sabe vm. que las cosas santas pierden su virtud, cuando son pesadas con un peso que no es justo?

Bajó el judío la cabeza, y sacó de una cajita guarnecida de acero un peso muy precioso. — Me sirvo de este peso para mis experiencias químicas, dijo presentandosele á Wayland; un pelo de la barba de un doctor de la ley, puesto en uno de los platos, basta para hacerle inclinar.

— Basta, dijo Wayland; y tomándole, pesó él mismo dos dracmas de los polvos negros, los envolvió con gran cuidado en un papel, los metió en la faltriquera, y preguntó al judío cuanto le debia.

— Nada, nada absolutamente para un hombre como vm. ¿Pero vendrá vm. á ver al pobre judío? Venga vm. á dar una ojeada en su laboratorio, en donde á fuerza de trabajo se ha secado como la calabaza del santo profeta Jonas. Se apiadará vm. de él, y le ayudará á dar algunos pasos en la noble carrera....

— ¡Ya, ya! dijo Wayland poniendo un dedo en la boca. Puede suceder que volvamos á vernos. Tiene vm. ya el Schah-Majm, como le llaman los rabinos, la creacion general. Es preciso velar y orar para llegar á conocer el elixir Alchahest Sainech, ántes que pueda comunicar con vm. Correspondiendo entónces con una reverencia al saludo profundo y respetuoso del judío, salió con suma gravedad de la botica, siguiendole su amo.

— ¿No hubiera sido justo y razonable pagar á ese hombre la droga, sea cual fuere su valor? dijo Tresilian.

— ¡Pagarle yo! dijo Wayland. Aun ha salido harto bien librado de este negocio. Si no hubiera temido desagradar á vm., le hu-

biera sonsacado una ó dos onzas de oro, en cambio de un poco de polvo de ladrillo.

— Te librarás bien de hacer semejantes picardías miéntras estes conmigo.

— ¿No le he dicho á vm. que es esa la razon que me ha impedido hacerlo? ¿Picardía, dice vm.? ¿Una momia ambulante, tan rico que pudiera empedrar con pesos duros la calle en que vive, y que los guarda sin dejarles ver el sol, y corre como un loco en busca de la piedra filosofal! ¡Buenas y gordas! ¿No queria el bribon encajarme gato por liebre, como á un ignorante, dandome á peso de oro una droga que no vale tres ochavos? A pícaro pícaro y medio; quien roba á un ladron gana cien años de perdon: si sus polvos falsos valian mi dinero, mis polvos de ladrillo podrian valer igualmente el suyo.

— Podrá ser muy bueno ese argumento, si se trata de judíos y boticarios, Wayland; pero no puedo yo permitir tales juegos de manos á ninguno que esté á mis órdenes. Pienso que has acabado ya de hacer tus compras.

— Sí, señor; y con todas estas drogas compondré hoy mismo el verdadero orvietan, precioso remedio, tan raro, tan difícil de encontrarse en Europa, por falta de los polvos que acaba de darme Yoglan.

— ¿Y por que no has comprado todas las drogas en la misma botica? Lo menos que hemos perdido en ir de ceca en meca ha sido una hora de tiempo.

— Yo se lo diré á vm. No me conviene que llegue á descubrir nadie mi secreto, y si comprase todas mis drogas á un solo boticario, podria este caer en la cuenta, y hacerme un flaco servicio.

Volviéron á la posada; y miéntras preparaba Stevens los caballos, Wayland pidió prestado un mortero, se encerró en un cuarto, y pulverizó, trituró, mezcló y amalgamó á su modo, con la debida proporcion, las drogas que habia comprado, con una prontitud y destreza que hacian ver que no era aprendiz en las operaciones farmacéuticas.

Cuando hubo preparado su electuario, montáron á caballo, y llegaron en una hora al castillo antiguo llamado Say's-Court, en donde residia entónces el conde de Sussex, castillo que habia pertenecido en otro tiempo á una familia de este nombre, pero que hacia mas de un siglo habia pasado á la antigua é ilustre familia de Evelyn. El actual sucesor de esta noble casa se interesaba mucho por lord Sussex, y le habia acogido en su habitacion con una familia considerable. Say's-Court fué despues la residencia del célebre

señor Evelyn, cuya obra intitulada *Sylva* es todavía el manual de todos los que plantan árboles en Inglaterra, y cuya vida, costumbres y principios, que pueden verse en sus memorias, deberían ser igualmente la norma de todos los caballeros ingleses.




---

## CAPITULO XIV.

¡ Por cierto, amigo, por cierto  
Que es terrible novedad!  
En medio de la vacada  
Con un furor sin igual  
Estan riñendo dos toros  
Por amor de una beldad,  
De una vaca, noble premio  
Del que venza á su rival.....  
Dejales que se descuernen.  
El uno sucumbirá,  
Y logrará la vacada  
Su antigua tranquilidad.

*Antigua Comedia.*

SAY'S COURT se hallaba guardado como un fuerte en estado de sitio, y en términos tales que cuando se acercó Tresilian, fué detenido y examinado muchas veces por las centinelas avanzadas á pié y á caballo. El distinguido lugar que ocupaba Sussex en el favor de la reina, y su rivalidad conocida y declarada con el conde de Leicester, hacian dar la mayor importancia á su conservacion, porque, en la época de que hablamos, nadie sabia todavía cual de los dos derribaria al otro del cande-